

## EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO ENTRE LA DICTADURA Y LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA (1976-1986)

Gabriela Aguila\*

Recibido: 15 Agosto 2008 / Revisado: 10 Septiembre 2008 / Aceptado: 22 Septiembre 2008

Entre los temas menos analizados del período de la última militar argentina (1976-1983) se encuentra lo sucedido con las fuerzas de izquierda en esos años. Si bien podría sostenerse que la historiografía del período está aún en construcción<sup>1</sup>, así como constatar que existen un conjunto de trabajos que han abordado las relaciones entre dictadura y partidos políticos<sup>2</sup>, lo cierto es que esos estudios no profundizaron en torno a la izquierda y, adicionalmente, ha predominado una imagen que tiende a invisibilizar su actuación en tanto muchas de estas fuerzas políticas fueron ilegalizadas y constreñidas a una actividad clandestina o sufrieron más duramente que los partidos mayoritarios o burgueses el peso de las restricciones o la represión ejercida por las Fuerzas Armadas.

El golpe de Estado de marzo de 1976 truncó un proceso de radicalización social y política que había tenido sus cotas más altas entre fines de los años 60 y mediados de los 70. Sus notas novedosas refirieron a la activación de los sectores obreros, a la creciente agitación entre los sectores medios y uni-

versitarios y a la aparición de las organizaciones guerrilleras –provenientes de la izquierda marxista y peronista– que se instalaron en el centro de la escena política nacional, consiguiendo un caudal nada desdeñable de adhesiones, en particular entre los jóvenes. Sin embargo, la izquierda argentina mostraba un panorama heterogéneo que incluía a su organización más antigua y tradicional, el Partido Comunista, así como una diversidad de grupos que, desde distintas vertientes del marxismo, postulaban la lucha revolucionaria sin recurrir a la vía armada<sup>3</sup>.

Desde un punto de vista general, resultaría muy difícil explicar el golpe de Estado sin ese escenario de crisis social y política que lo precedió, en tanto el proyecto de reestructuración y reorganización política, social, económica e ideológica diseñado por las Fuerzas Armadas requería de la clausura drástica y definitiva de aquella situación y la restauración del “orden” a través de la represión y el disciplinamiento social<sup>4</sup>. Gran parte del accionar represivo ejecutado durante la dictadura se dirigió

\* Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. E-mail: gbaguila@express.com.ar

<sup>1</sup> Aguila, G., “La dictadura militar argentina: interpretaciones, problemas, debates”, en Revista *Páginas*. Año 1, 1, UNR, mayo-agosto de 2008. Disponible desde Internet en: <http://www.revistapaginas.com.ar>

<sup>2</sup> Quiroga, H., *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976–1983*. Rosario, Ed. Fundación Ross, 1996; Yannuzzi, María de los Ángeles, *Política y Dictadura*. Rosario, Ed. Fundación Ross, 1994; Tcach, César, “Partidos políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)”, en Dutrenit, S. (coord.), *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996.

<sup>3</sup> Entre las organizaciones de la izquierda no armada se incluían las provenientes del trotskismo, como el Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera, las maoístas Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista, así como otros grupos más pequeños.

<sup>4</sup> Aguila, G., *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.

hacia el desmantelamiento de las organizaciones armadas y de sus frentes legales o sus estructuras “de superficie” barriales, sindicales y estudiantiles. La feroz represión que se abatió en los primeros años sobre sus militantes y simpatizantes, las detenciones, asesinatos, desapariciones, el traslado a los centros clandestinos de detención, el uso sistemático de la tortura sobre los prisioneros, así como la salida hacia el exilio, incidieron en la gradual desarticulación de las organizaciones político-militares luego del golpe del Estado.

Pero el perfil del enemigo que diseñaron las fuerzas represivas —“la subversión”, “el terrorismo”— incluía a militantes de organizaciones políticas no armadas, delegados sindicales y activistas estudiantiles, familiares o amigos de las víctimas, intelectuales sindicados como “ideólogos de la subversión”, tuvieran o no vínculos con los grupos guerrilleros. Así, la violencia represiva desbordó a estas organizaciones y se descargó sobre activistas y opositores políticos de distinto signo y otras expresiones de la izquierda.

Además de los efectos de la violencia represiva sobre las organizaciones de la izquierda y sus cuadros, el régimen militar acompañó esta ofensiva con una batería legal que limitó o, en otros casos, imposibilitó su actuación. Esta conjunción de factores congeló la actividad político-partidaria de la izquierda, envió a muchos dirigentes y militantes a las cárceles o al exilio —cuando no a la desaparición o a la muerte—, provocó el alejamiento de militantes, y redujo a estas organizaciones a pequeños grupos que sobrevivieron durante años con dificultades. Recién hacia 1982 y en el nuevo escenario que se abrió con la crisis de la dictadura, se reorganizaron y comenzaron a actuar con mayor visibilidad viejas y nuevas organizaciones de la izquierda marxista.

Con todo, las fuerzas de izquierda no desaparecieron y, adicionalmente, el trato que les dispensaron las autoridades militares fue diferenciado. Si bien

restringieron o limitaron, a través de un conjunto de medidas legales y extralegales su accionar, no todas esas organizaciones sufrieron la ilegalización expresa. Este fue el caso del Partido Comunista.

A diferencia del resto de la izquierda, el partido siguió siendo legal, mantuvo la estructura organizativa y transitó esos años con menos dificultades. Por su parte, su actuación ha sido analizada muy críticamente, en tanto la línea que asumió frente al régimen militar fue calificada como moderada, complaciente e incluso de colaboración. Finalmente, la retórica fuertemente anticomunista de la dictadura argentina no le impidió mantener relaciones económicas y diplomáticas privilegiadas con la Unión Soviética. Tales cuestiones connotan de modos particulares la actuación del Partido Comunista en los años de la dictadura militar y contienen parte de las explicaciones para analizar la crisis que el partido sufrió hacia mediados de los años 80 cuando —en el contexto de la transición democrática— su influencia se redujo a su mínima expresión producto de una sucesión de crisis y desgajamientos, que debieron mucho a la situación internacional pero asimismo a los cuestionamientos y revisiones que aquella actuación había generado en sus cuadros y militantes.

## EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO (PCA)

El Partido Comunista fue durante gran parte del siglo XX la organización más perdurable, numerosa y estable de la izquierda marxista en la Argentina<sup>5</sup>. Hacia los años 50, y a pesar de la pérdida de influencia en los medios obreros experimentada durante el peronismo (1945-1955), los comunistas seguían ostentando una importante presencia entre los sectores medios urbanos, universitarios e intelectuales. Sin embargo, en la década de 1960 ese predominio se vio fuertemente afectado por el nuevo escenario internacional y en particular por el impacto de la Revolución cubana dentro de la

<sup>5</sup> Ver Pla, A. J., “La Internacional Comunista y el PCA, 1918-1928”. *Cuadernos del Sur*, 7, Buenos Aires, Tierra del Fuego, 1988; Corbière, E., *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984; Camarero, H., *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; Águila, G., “Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario, 1943/1946”, en *Anuario*. 15, Escuela de Historia, Rosario, 1993; Campione, D., “El Partido Comunista en la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”, en Concheiro, E., Modonessi, M. y Gutiérrez Crespo, H., *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México, UNAM, 2007; Tarcus, H., Cernadas, J. y Pittaluga, R., “La historiografía sobre el partido comunista de la argentina: un estado de la cuestión”. *El Rodaballo. Revista de Política y cultura*, 8, Buenos Aires, 1998.

izquierda argentina. En un contexto de revisión y reformulación de las filiaciones político-ideológicas, surgirá una “Nueva Izquierda” en el campo del marxismo nutrida por expresiones muy diversas.

El Partido Comunista sufrió un conjunto de escisiones animadas por las críticas a los diagnósticos políticos, diferenciadas evaluaciones sobre los acontecimientos internacionales (el conflicto chino-soviético, la “excepcionalidad” cubana, etc.) y la viabilidad de la revolución socialista en la Argentina. La posición del partido, que mantuvo sin fisuras su filiación pro-soviética, se centrará en denotar tales perspectivas como “ultraizquierdistas” o “desviacionistas”, a costa de la pérdida de militantes (en particular jóvenes) y la merma de su influencia.

En el contexto de acelerada radicalización y movilización social y política que se abrió hacia fines de los años 60 y en los primeros años 70, el PCA planteará la existencia de “mejores condiciones para la lucha”, insistiendo en diferenciarse de la “ultraizquierda”, en particular a los grupos que habían elegido la vía armada. Así como continuará sosteniendo los diagnósticos y la estrategia que había predominado durante décadas: en la Argentina no existían condiciones para una revolución socialista, sino que las transformaciones se producirían por etapas y a través de la conformación de un “frente democrático nacional” que pusiera en marcha un programa de soluciones democráticas, antioligárquicas y antiimperialistas (“la revolución democrática, agraria y antiimperialista, con vistas al socialismo”<sup>6</sup>).

La estrategia del “frente patriótico nacional”<sup>7</sup> y de “unidad de las fuerzas democráticas” para enfrentar la aguda crisis y las amenazas golpistas que se cernían sobre el escenario político hacia mediados de los años 70, comenzará a incluir explícitamente a las Fuerzas Armadas o a sus sectores “legalistas” y “patrióticos” en un gabinete cívico-militar, alertando contra el peligro de un golpe

similar al que se había producido en Chile unos años antes<sup>8</sup>. De la lucha por la liberación nacional enunciada hacia 1973 se pasará a un nuevo dilema: “democracia renovada o pinochetismo”, planteando como salida una de las líneas de mayor persistencia en los años siguientes: la conformación de un gobierno “cívico-militar”.

Un día antes del golpe de Estado, en medio de acrecentados rumores de intervención de las Fuerzas Armadas, los diarios publicaron un comunicado del Partido Comunista donde se sostenía:

“En esta crítica situación el Partido Comunista considera necesario reiterar su proposición de convocar una asamblea multisectorial para acordar entre todas las fuerzas democráticas y patrióticas un convenio nacional democrático alrededor de una plataforma de emergencia, elaborada en común. [...] El peligro de golpe fascista es una amenaza real, no imaginaria, pero no es fatal que sobrevenga [...] Es fundamental que las Fuerzas Armadas sepan ser factor de liberación, no instrumento de dependencia [...] El Partido Comunista considera una necesidad política e histórica la participación de las Fuerzas Armadas, en igualdad de condiciones con los civiles, en un gobierno cívico militar de amplia coalición democrática”<sup>9</sup>.

## EL PCA DURANTE LA DICTADURA MILITAR. EL PRIMER QUINQUENIO: 1976/1981

La mayor parte de las investigaciones sobre la última dictadura militar en la Argentina han coincidido en señalar el significativo apoyo social y político al golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Las asociaciones empresarias, las fuerzas políticas de la derecha, los sectores conservadores, la gran prensa, la jerarquía de la Iglesia católica, por citar los ejem-

<sup>6</sup> Arnedo Álvarez, G., *La actualidad nacional y las tareas del Partido en la preparación del XIV Congreso*. Buenos Aires, Anteo, julio 1973; *Nueva Era* (Revista teórico-política del PCA), año XXVI, 11, diciembre 1975; Fava, Athos, “El Frente en 1976”, *Nueva Era*, año XXVI, 2, marzo 1976, 116-124.

<sup>7</sup> Arnedo Álvarez, G., *Ante la conspiración oligárquico-imperialista. Golpear unidos y salvar a la nación*. Buenos Aires, Anteo, junio 1974. Para el período seguimos los análisis de Cernadas, J. y Tarcus, H., “Las izquierdas argentinas y el golpe de Estado de 1976: el caso del Partido Comunista de la Argentina”, ponencia, *CD Actas XI° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Tucumán, 2007.

<sup>8</sup> Ver los artículos publicados en 1975 en el órgano del PCA, *Nuestra Palabra* y transcritos en Cernadas, J. y Tarcus, H., “Las izquierdas argentinas y el golpe del 24 de marzo de 1976. Una selección documental”. *Revista Políticas de la Memoria*. 6/7, Buenos Aires, CeDInCI, 2006/2007, 33-34.

<sup>9</sup> *La Capital*, 23 de marzo de 1976.

plos más contundentes, proporcionaron el marco necesario de sostenimiento y legitimación política, social e ideológica al nuevo régimen. El resto del espectro político partidario asumiría actitudes diversas frente al golpe militar, aunque lo que predominó fue una perspectiva que lo consideraba una interrupción momentánea, una intervención más de los militares en la vida política que tendría características más o menos similares a las anteriores<sup>10</sup>. Pero la ausencia de críticas abiertas o de resistencias al golpe de Estado por parte de la mayoría de los partidos políticos (incluyendo a aquellos que no eran abiertamente golpistas), así como sus acciones y declaraciones, evidenciaban la aceptación a la nueva situación y sobre todo al papel de los militares como restauradores del “orden” y la paz social.

A diferencia de lo sucedido en la anterior dictadura (1966-1973), los militares no prohibieron la actividad político-partidaria, aunque le impusieron importantes restricciones. En marzo y por el decreto N° 6 se dispuso la *suspensión* de la actividad de los partidos políticos “mientras se desarrolle el proceso de recuperación del Estado, en todos los niveles y funciones”. En junio de ese año se dictaron las leyes 21.322 y 21.325, por las que se disolvían y/o declaraban ilegales varias decenas de agrupaciones políticas, sindicales y estudiantiles, casi todas ellas ligadas a la izquierda peronista y marxista<sup>11</sup>. Por su parte, la ley 21.323 suspendió la actividad política, si bien permitió la supervivencia de algunos espacios para que las organizaciones que no fueron ilegalizadas pudieran seguir funcionando, aunque con serias limitaciones<sup>12</sup>. En diciembre de 1977, la ley 21.699 estableció que mientras se mantuviese el decreto N° 6, los mandatos de las autoridades partidarias quedarían prorrogados, y este hecho incidió fuertemente en que las estructuras y dirigencias se mantuvieran prácticamente sin cambios durante todo el período de la dictadura.

Pero si las Fuerzas Armadas no eliminaron de cuajo la actividad político-partidaria y los partidos tradicionales siguieron existiendo y actuando con restricciones durante todo el período, lo cierto es que las fuerzas políticas de la izquierda marxista fueron ilegalizadas y constreñidas a una actuación clandestina, con la sola excepción del Partido Comunista. El PCA fue considerado –según algunos autores– un partido parlamentario, de allí que se vio afectado por las medidas que suspendían la actividad partidaria, pero no por aquellas que prohibían su actuación. Ello supuso una diferencia notable con las demás fuerzas de izquierda, permitió la supervivencia de la organización y de sus cuadros y generó suspicacias y críticas en aquellas.

Al respecto, una de las explicaciones más difundidas se centra en las relaciones establecidas entre la Unión Soviética y la Argentina en los años de la dictadura y en los modos en que ello incidió en la actitud del régimen militar respecto del PCA y en la línea política del propio partido hacia el gobierno. Así, se ha señalado que las Fuerzas Armadas visualizaban al PCA como menos amenazante que los otros sectores de la izquierda, en particular de las organizaciones armadas<sup>13</sup>. Por otra parte, el alineamiento del partido con la Unión Soviética habría contribuido en la decisión del gobierno militar de no ilegalizarlo, evitando de este modo conflictos con la superpotencia, tal como estaba sucediendo en Chile desde el golpe de Pinochet.

En directa relación con ello, se ha insistido en el particular carácter de las relaciones económicas y diplomáticas que la Argentina entabló en esos años con la URSS. La perspectiva fuertemente anticomunista que esgrimió la dictadura argentina no le impidió mantener y profundizar el intercambio comercial con los soviéticos a partir de 1979: la URSS se convirtió en el principal socio comercial de la Argentina y en el principal comprador de

<sup>10</sup> Desde 1930 en adelante en la Argentina se había producido al menos un golpe de Estado por década (1930, 1943, 1955, 1962, 1966, 1976) exhibiendo la debilidad de las instituciones democráticas y la constante presencia de los militares en la vida política nacional. Vid. Quiroga, H., *El tiempo del “Proceso”*, op. cit. 62-63.

<sup>11</sup> *La Tribuna*, 4 de junio de 1976.

<sup>12</sup> *La Capital*, 5 de junio de 1976.

<sup>13</sup> Gilbert, I., *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2007, 395/400. El autor, que fue corresponsal durante 30 años de la agencia soviética de noticias TASS en Buenos Aires, cita declaraciones de diversos funcionarios militares en este sentido.

<sup>14</sup> Perosa, H., *Las relaciones argentino-soviéticas contemporáneas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990; Vacs, Aldo, “El nuevo carácter de las relaciones argentino-soviéticas”, Varas, A. (ed.), *América Latina y la Unión Soviética: una nueva relación*. Buenos Aires, GEL, 1987 y el trabajo ya citado de Gilbert, I., cap. 14 y 15.

cereales (1980-1981), intercambio que alcanzó cifras récord en particular cuando los Estados Unidos pusieron en marcha el embargo de cereales por la intervención de la URSS en Afganistán<sup>14</sup>.

Esta argumentación ha sido utilizada, asimismo, para explicar la línea que el PCA trazó frente a la dictadura militar. De acuerdo a Daniel Campione:

“El partido no había sido ilegalizado (como había ocurrido con casi todo el resto de la izquierda marxista), y las relaciones del estado argentino con la URSS no se habían interrumpido. Ambas se volvían consideraciones decisivas a la hora de cualquier definición partidaria, siempre atenta a la integridad organizativa del partido y a los intereses soviéticos”<sup>15</sup>.

Lo cierto es que, a diferencia de las posiciones que el PCA había planteado frente a todos los golpes de Estado sucedidos en la Argentina desde 1930 en adelante, en marzo de 1976 evitaron una caracterización negativa –que evitó, por ejemplo, calificarlo como una dictadura– o una clara condena al gobierno militar. Sin ir más lejos, el partido había definido a la dictadura de 1966 como “militar-fascista” y había hecho insistentes llamados a derrocarla<sup>16</sup>, un régimen que por otra parte incluyó una clara legislación anticomunista. Ni una cosa ni la otra se produjeron en el nuevo contexto dictatorial.

En un documento publicado un día después del golpe de Estado de 1976 sostenían una perspectiva que difícilmente pueda ser equiparada con un posicionamiento crítico:

“Ayer, el 24 de marzo, las fuerzas armadas depusieron a la presidente María Estela Martínez reemplazándola por una Junta Militar in-

tegrada por los comandantes de las tres armas. No fue un suceso inesperado. La situación había llegado a un límite extremo [...] La movilización de tropas del 24 de marzo había sido precedida de una intensa campaña que reclamaba “rectificar el rumbo”. **Efectivamente, era necesario y urgente cambiar de rumbo** [...] El Partido Comunista siempre se pronunció contra los golpes de estado. La experiencia indica que desde 1930 los golpes de estado tuvieron por objeto defender el latifundio improductivo y aumentar el grado de dependencia del país. **Esta vez ¿se romperá esa nefasta tradición? El Partido Comunista está convencido de que no ha sido el golpe del 24 el método más idóneo para resolver la profunda crisis política y económica, cultural y moral. Pero estamos ante una nueva realidad...**”<sup>17</sup>.

El documento se cerraba, como tantos otros producidos en los siguientes años, con la convocatoria a un “gobierno cívico-militar de amplia coalición democrática”<sup>18</sup> e incluía otro de los elementos fundamentales de la línea del PCA: la diferenciación de la dictadura argentina del régimen chileno (pinchetismo) y, dentro del gobierno militar, la distinción entre los sectores “duros” y “blandos”, entre el ala “democrática” –representada, entre otros, por el General Videla– y el ala “pinchetista” de los militares argentinos.

“...lo que está en juego es la conquista de una democracia avanzada o el pinchetismo. Esos dos proyectos enfrentados conviven todavía dentro del proceso abierto por la Junta Militar. Un sector relevante del gobierno y de las fuerzas armadas, que incluye en primer lugar

<sup>15</sup> Campione, D., “El Partido Comunista de Argentina y el golpe de Estado de 1976”, disponible en Internet desde: <<http://www.rebellion.org/docs/24748.pdf>>.

<sup>16</sup> Decía Rodolfo Ghioldi en un discurso pronunciado en 1968 con motivo del 50° Aniversario del PCA: “La dictadura militar-fascista instaurada el 28 de junio de 1966 aún ejerce todos los poderes. Para prevenirla, nuestro Partido había proclamado la urgencia del frente democrático nacional. Ya producido el golpe de Estado, nuestro Partido fue el único que lo denunció en todo su contenido y extensión; y a partir de entonces ha reiterado la necesidad de la unidad combatiente de todas las fuerzas antidictatoriales. Nuestra VII Conferencia Nacional señaló que el derrocamiento de la dictadura es la tarea más importante...”, en Ghioldi, R., *Escritos*. Tomo IV, Buenos Aires, Anteo, 1977, 176.

<sup>17</sup> “Los comunistas y la nueva situación argentina. Declaración del Partido Comunista”. *Resoluciones y Declaraciones. Año 1976/1977*. Buenos Aires, Fundamentos, 1978, 10-11. El subrayado es mío.

<sup>18</sup> Esta perspectiva no era nueva en el PCA y respondió, como se ha sostenido, a las expectativas del partido en los sectores “progresistas” de las Fuerzas Armadas, fundada en el trabajo que los comunistas realizaban en el ámbito militar, los contactos establecidos con oficiales, así como ejemplos de otros casos latinoamericanos, en particular los militares nacionalistas peruanos. Véase Gilbert, I., *El oro de Moscú*, op. cit. 403-405. También Campione, D., “El Partido Comunista en la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”, op. cit., 200.

al propio presidente de la República, reitera casi cotidianamente que es su propósito erradicar el terrorismo, de cualquier signo, para consolidar la paz y la seguridad teniendo como objetivo prioritario la revitalización de las instituciones y el retorno a la democracia auténticamente representativa, republicana y federal [...] El otro sector, obnubilado por un odio irracional, de raíz fascista, se propone un baño de sangre generalizado. Con el argumento de que la guerra contra la subversión se debe extender a un espectro más amplio que el delimitado por el terrorismo ultraizquierdista, tiene el objetivo de perseguir a cualquier institución o ciudadano que sustente una ideología o simplemente una opinión, democrática, progresista...”<sup>19</sup>.

Es interesante mencionar que estas distinciones no fueron patrimonio exclusivo del PCA, otros sectores políticos –e incluso de la izquierda<sup>20</sup>– hicieron diagnósticos similares. Sin embargo, se ha mencionado que en ningún otro caso apareció como parte sustancial de la línea política, al punto de plantear la posibilidad de “terciar”, de incidir en la interna militar, de fortalecer el ala “democrática” de las Fuerzas Armadas<sup>21</sup>:

“...el proceso aún no se ha definido totalmente. [...] El Partido, abanderado de la acción unitaria de las masas, ha obrado con inteligencia esforzándose por apreciar esas contradicciones internas en el gobierno y ha sabido, con su actividad combativa de masas, introducir serias cuñas en el proceso a través de un intenso desarrollo de múltiples y variadas acciones en todos los campos sociales [...] El partido no se ha cerrado en sus dificultades ni se ha dejado aislar. Luchó por ensanchar la brecha, por mínima que fuera y por abrir puertas [...]”<sup>22</sup>.

Un análisis exhaustivo de los documentos producidos por el partido y sus principales dirigentes en los primeros años de la dictadura da cuenta, por un lado, de las expectativas que generan las declaraciones del General Videla y los objetivos planteados por el gobierno militar y, por otro, una enorme cautela a la hora de evaluar lo actuado por el régimen. En 1977, en el primer aniversario del golpe, sostenían:

“El 31 de marzo el General Videla, Presidente de la República, leyó un notable Mensaje al pueblo argentino, en el que expresaba una línea aperturista, sin apresuramientos pero también sin pausa. Dicho Mensaje tuvo lógica repercusión en el país y estaba destinado a trascender. Abría una compuerta a la esperanza nacional [...] La fuerza de dicho Mensaje reside en que responde a una necesidad nacional real [...] el dialoguismo ha de terminar predominando. Pues así lo exige el interés nacional y la grave crisis por la que atraviesa la Nación”<sup>23</sup>.

Hacia fines de 1978 el secretario general del Partido, Gerónimo Arnedo Álvarez, evaluaba la gestión del gobierno de Videla con “espíritu constructivo”:

“Hay quienes critican para destruir; nosotros para construir; hay quienes lo hacen para paralizar el proceso y nosotros para impulsar el país, y al gobierno mismo, hacia delante, hacia el progreso, el bienestar social, la democracia y la paz...” y continuaba “...el 1° de marzo el Presidente Videla expresó: “En la etapa que se inicia es imprescindible posibilitar una mayor participación de la ciudadanía, con la finalidad de vertebrar la convergencia cívico-militar que el país percibe como posibilidad histórica. Es-

<sup>19</sup> Arnedo Álvarez, G., “Carta con motivo de fin de año”, 20 de diciembre de 1976, en id. 27-28. También “Cerrar el paso al pinochetismo golpista”, *ibid.*, 55-56.

<sup>20</sup> Ver Osuna, María Florencia, “Los partidos de izquierda que no adhirieron a la lucha armada durante la última dictadura militar argentina (1976-1983). El caso del Partido Socialista de los Trabajadores (PST)”, ponencia presentada en las XI° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Tucumán, 2007 y los documentos contenidos en Cernadas, J. y Tarcus, H., “Las izquierdas argentinas y el golpe del 24 de marzo de 1976. Una selección documental”, *op. cit.*

<sup>21</sup> Gilbert, I., *El oro de Moscú*, *op. cit.*, 393.

<sup>22</sup> Arnedo Álvarez, G., *Diálogo amplio y acción concertada para abrir caminos a la democracia*. Buenos Aires, Edición del autor, 1980, 11/12. Perspectivas similares se esbozan en Fava, Athos, *Una solución democrática y estable para el progreso del país y la paz*. Buenos Aires, Fundamentos, 1981, 20 y en *Resumen de una conferencia sobre el proceso político en su actual fase de grandes contradicciones*, 9 de julio de 1979. Buenos Aires, Edición C.N. de P., 1979, en particular los apartados “Lucha interna y contradicciones” y “Hay que terciar en el debate”.

<sup>23</sup> Ghioldi, O., *Al encuentro de una campaña confusionalista. Premisas para lograr el renacimiento nacional*. Buenos Aires, Edición del Autor, mayo 1977, 3-4.

tas ideas interpretan la voluntad de la inmensa mayoría del país. Si se avanza en esa dirección, con igualdad de oportunidades para todos, los objetivos expuestos puede contar con el poderoso respaldo del pueblo, única garantía de un poder estable [...]"<sup>24</sup>.

Las evaluaciones cautelosas y contemporizadoras se mantuvieron durante varios años, sólo como ejemplo mencionemos que en 1981 todavía evitaban definir al gobierno militar como una "dictadura abierta", pinochetista o fascista: "Los comunistas pondremos todo nuestro esfuerzo por articular un frente poderoso a fin de impedir una dictadura abierta y abrir paso a la vigencia plena de la Constitución Nacional"<sup>25</sup>. Los documentos partidarios, los escritos de dirigentes de primera línea, las publicaciones periódicas, abundaron en los mismos diagnósticos y la misma estrategia casi hasta los momentos finales del régimen militar. Después de la guerra de Malvinas y en un contexto donde el gobierno ya estaba en retirada, el Partido Comunista todavía reclamaba un "gobierno cívico-militar de transición", con el argumento de que "la historia demuestra que los militares solos no pueden resolver los grandes problemas del país y los civiles tampoco..."<sup>26</sup>.

Sin embargo, la medida que mostraron frente al gobierno militar, así como las apelaciones al diálogo y la convergencia no alteraron el lugar político marginal que el Partido ostentaba ni acompañaron sus expectativas de incidir en la situación política nacional a través de propuestas programáticas de diverso carácter. Los comunistas no fueron incluidos en las convocatorias al diálogo político que realizó el gobierno militar hacia 1980/81<sup>27</sup>, ni tampoco participaron en los contactos y negociaciones entre los partidos políticos que seguían ac-

tuando legalmente y que culminaron con la constitución de la Multipartidaria en 1981<sup>28</sup>.

Este análisis no puede eludir que los comunistas formularon críticas al gobierno militar, centralmente hacia la política económica de sesgo liberal diseñada por el ministro Martínez de Hoz (1976-1980). Muy tempranamente, en abril de 1976, Rodolfo Ghioldi la definía como "una plataforma contra el pueblo", al servicio de los grandes latifundios y las compañías trasnacionales y la ubicaba como el problema fundamental del momento:

"...sin prejuicio de expresar el anhelo de un libre funcionamiento democrático de los partidos políticos, sindicatos y demás instituciones, y de la eliminación de toda forma de terrorismo, y de las horribles acciones impunes de las AAA y de otros centros de ese carácter [...] El primer paso de la recuperación, será prescindir de la plataforma de Martínez de Hoz"<sup>29</sup>

Estos diagnósticos y críticas también persistirán a lo largo del período, incluso luego de que Martínez de Hoz abandonara el ministerio de economía. Los énfasis de los comunistas se centraron en corregir el rumbo, defender el patrimonio nacional, aumentar los salarios y elevar el nivel de vida de los trabajadores<sup>30</sup>. Aunque conviene señalar aquí que las críticas hacia el plan económico del gobierno militar no fueron exclusivas del Partido Comunista, en tanto partidos políticos y organizaciones empresarias que apoyaban al régimen y aplaudían sus logros políticos y en materia "anti-subversiva", se diferenciaban del gobierno en esta cuestión.

Pero si la política económica y sus efectos perjudiciales sobre la economía nacional y el nivel de

<sup>24</sup> Arnedo Álvarez, G., *Hacia la paz y la convivencia democrática*. Buenos Aires, Fundamentos, noviembre 1978, 24-30.

<sup>25</sup> Fava, A., *Una solución democrática y estable para el progreso del país y la paz*, op. cit., 3. Ver también la nota editorial de *Comentarios*, n° 2, año 4, febrero 1981, 3-6.

<sup>26</sup> *Rosario*, 6 de julio de 1982, Informe del dirigente Athos Fava al XV Congreso del PCA. El planteo era exactamente el mismo de los años iniciales de la dictadura, ver Ghioldi, O., *Al encuentro de una campaña confusionalista*, op. cit.

<sup>27</sup> El posicionamiento y las críticas de los comunistas al diálogo convocado por el gobierno militar pueden verse en *10 preguntas a Fernando Nadra*. Buenos Aires, Fundamentos, mayo 1980, 4-5.

<sup>28</sup> La Multipartidaria se conformó en julio de 1981, con el objetivo de retornar al estado de derecho y la convocatoria a elecciones, y estuvo inicialmente integrada por el peronismo, el radicalismo y otros partidos menores. Luego invitaron a participar a otras organizaciones, entre las que se encontraba el PCA, que brindó su "decidido apoyo" a la convocatoria. Para el posicionamiento del PCA véase *Comentarios*, 9, año 4, septiembre 1981, 6-8.

<sup>29</sup> Ghioldi, R., *La plataforma de Martínez de Hoz*. Buenos Aires, Edición del autor, abril 1976, 14.

<sup>30</sup> La propuesta económica del partido se publicó en *Prólogo*, en los números 10, 11 y 12 de octubre, noviembre y diciembre de 1977.

vida de los trabajadores se convirtieron en el “primer punto” de las críticas al gobierno militar, el problema de las violaciones a los derechos humanos comenzó a ocupar el “segundo lugar” en las demandas hacia el régimen. A los comunistas les afectaron las restricciones a la actividad partidaria y sufrieron el cierre o allanamiento de algunos de sus locales (como sucedió, por ejemplo, en Rosario<sup>31</sup>), la persecución de militantes y afiliados y tuvieron un conjunto importante de presos y desaparecidos por la represión estatal.

En septiembre de 1976 sostenían que el partido tenía “más de 200 presos injustamente detenidos, antes y después del 24 de marzo, cantidad de asesinados y torturados, y decenas de secuestrados que no aparecen desde hace meses, y por cuyas vidas hay serios temores”<sup>32</sup>; en junio de 1977 —en una presentación al ministro del Interior— precisan esa cifra, solicitando el esclarecimiento de un asesinato, 173 detenciones y 69 secuestros de afiliados al Partido<sup>33</sup>, en 1982 detallaban que entre 1975/79:

“a) Hemos padecido el asesinato de veinticinco dirigentes y afiliados [...] b) Fueron secuestrados más de quinientos dirigentes y afiliados del Partido y la Federación Juvenil Comunista, de los cuáles continúan en la condición de desaparecidos ciento seis de ellos [...] c) Fueron privados de su libertad más de mil quinientos afiliados y puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional sin proceso ni conocimiento de los motivos concretos de su detención, sufriendo casi todos ellos más de tres y hasta seis años de encarcelamiento [...]”<sup>34</sup>

Pero más allá de estos recuentos es interesante remarcar la perspectiva que acompañaba estos reclamos, en tanto el PCA continuó con la línea de diferenciarse del “terrorismo” y la “subversión”: “Nadie puede ignorar en el país, incluidos los sec-

tores más reaccionarios, civiles y militares, que los comunistas nada tienen que ver con el terrorismo. Sin embargo, hay presos y desaparecidos comunistas...”<sup>35</sup>. Ello sólo podía deberse a una “campana macartista” alentada por la “reacción” y los “elementos pinochetistas” que buscaban confundir a la opinión pública:

“Entre quienes han desaparecido o se encuentran presos “a disposición del Poder Ejecutivo” forman una gran parte quienes por sus antecedentes personales, y por definiciones y declaraciones expresas, han condenado el terrorismo de ultraizquierda o de ultraderecha y nada tienen que ver con la subversión. Pero se trata de confundir a la opinión pública, utilizando desde determinados círculos, órganos de opinión o personas antidemocráticas, términos como marxista o marxista-leninista, o comunista, como expresión general de terrorista y subversivo, lo que, a fin de cuentas, favorece al terrorismo y a la subversión”<sup>36</sup>.

Esa diferenciación entre los terrorismos de derecha e izquierda fue planteada con toda crudeza en un documento firmado por uno de sus principales dirigentes, Roberto Ghioldi, donde proponía que la “violencia de derecha” fuese controlada del mismo modo que la de “ultraizquierda”:

“Es indudable que la ultraizquierda, en su actividad exterior, mete todo en la misma bolsa y pretende convencer a la opinión pública mundial de que en la Argentina ha triunfado ya el fascismo, lo que no corresponde a la realidad. En la Argentina hay bandas fascistas que actúan por su cuenta y hay una prédica a favor de un régimen de excepción. Pero eso no es todavía el triunfo del fascismo; a diferencia de Chile, por ejemplo, donde el terror tiene por objeto consolidar un régimen fascista ya insta-

<sup>31</sup> El día del golpe de Estado fue allanado local del PC de Mitre al 700, sacaron los materiales, documentos y libros y los cargaron en camiones militares. *La Capital*, 25 de marzo de 1976.

<sup>32</sup> “Es la hora del diálogo abierto y fecundo”, 25 de septiembre de 1976, en *Resoluciones y Declaraciones, 1976-1977*, op. cit., 18.

<sup>33</sup> “Comunicado de prensa”, 8 de junio de 1977, Id., 58.

<sup>34</sup> Apoderados del Partido Comunista, *Comunistas Argentinos Desaparecidos*. Buenos Aires, Edición de los autores, 1982, 9-10. Debe recordarse que uno de los organismos de derechos humanos de más antigua existencia en el país fue la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, vinculada al PCA y fundada en 1937. La Liga y sus abogados habían mostrado una creciente actividad desde 1975-76 en la defensa de presos políticos y la búsqueda de desaparecidos, aunque su accionar estaba fuertemente ligado a la línea del partido.

<sup>35</sup> Arnedo Alvarez, G., *Hacia la paz y la convivencia democrática*. Buenos Aires, Fundamentos, noviembre 1978, 14.

<sup>36</sup> *Comentarios*, 5, año 1, junio 1978, 5. También “Comunicado de prensa”, 8 de junio de 1977, en *Resoluciones y Declaraciones, 1976-1977*, 57-58.

lado, en la Argentina ciertas formas de terror fascista tienen por objeto lograr que los extremistas de derecha capturen el poder e instalen un régimen fascista. No es prudente, empero, minimizar la alarma que existe entre sectores democráticos de otros países por los secuestros y las torturas, por lo que han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra y por la violencia no controlada. La mejor manera de acallar esa justificada inquietud sería controlar la violencia de derecha como se controla la de ultrazquierda, proporcionar la lista de los detenidos sin causa y ponerlos en libertad”<sup>37</sup>.

Si el problema de los derechos humanos, los presos y los desaparecidos estaba constantemente incluido en los documentos y declaraciones partidarios y recibieron con beneplácito las visitas de organismos internacionales —en particular de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1979—, también es cierto que rechazaron abiertamente la política exterior del gobierno de James Carter y su defensa de los derechos humanos, en una perspectiva que no se alejaba demasiado de los fundamentos de la “campaña antiargentina” sostenida por el gobierno militar y la derecha. Hacia 1978 denunciaban:

“Los Estados Unidos, de acuerdo a la orientación del gobierno de Carter, votan o se abstienen frente a los pedidos de la Argentina en los organismos internacionales de crédito. La efectiva defensa de los Derechos Humanos constituye un deber irrenunciable, y ha dado lugar a la intensa movilización llevada a cabo por ellos nuestro país [...] que nada tienen que ver con las campañas y boicots tendientes a desacreditar a nuestro país. Pero, otra cosa es utilizar los derechos humanos como pretexto, tal como lo hace Carter, para organizar cam-

pañías contra determinadas naciones, con vistas, al parecer, a imponer en ellas, mediante esa presión, las concesiones económicas y políticas que convienen a las transnacionales con predominio yanqui y a la política del gobierno de Estados Unidos en general [...]”<sup>38</sup>.

Esta línea de la política exterior norteamericana contrastaba fuertemente con la de la URSS, que no sólo mantuvo durante estos años relaciones comerciales privilegiadas con la Argentina sino que en los foros internacionales evitó condenar al país cuando se trataron los casos de violaciones a los derechos humanos<sup>39</sup>. En tal sentido, si el gobierno militar se hallaba tensionado entre los sectores “democráticos” y los “pinochetistas”, otro foco de tensión lo constituían los posicionamientos internacionales: el tradicional alineamiento con los Estados Unidos (visible sobre todo en el diseño de una política económica que favorecía este vínculo y a las monopolios y trasnacionales) y el sesgo “independiente” que mostraba la Argentina en sus relaciones con la Unión Soviética<sup>40</sup>.

## EL PCA EN LOS AÑOS FINALES DE LA DICTADURA Y LA TRANSICIÓN

Si en el primer quinquenio (1976-1981) el gobierno militar había tenido un importante margen de maniobra para poner en marcha su proyecto económico, social y político, también es cierto que el consenso fue debilitándose gradualmente. Cuando el objetivo fundamental de la acción militar parecía cumplido —el restablecimiento del orden social y político— y se hacían evidentes los síntomas de la crisis económica, dirigentes y agrupaciones políticas comenzaron a cuestionar ciertas facetas del régimen, particularmente los “excesos” vinculados con la represión y el problema de los desaparecidos (inse-

<sup>37</sup> Ghioldi, O., *Al encuentro de una campaña confusionista*, op. cit., 7. Todavía en 1982, en el folleto titulado “Apoderados del Partido Comunista. Comunistas Argentinos Desaparecidos” sostenían: “consideramos un deber impostergerable volver a exponer las graves consecuencias que ha tenido y tiene aún el clima creado por el accionar de las bandas terroristas de ambos signos y su agresión directa, en la persona de centenares de afiliados al Partido y a su Juventud...”, a la par que reclamaban con urgencia esclarecer la situación de las personas desaparecidas. Op. cit., 5.

<sup>38</sup> *Comentarios*, 7, año 1, agosto 1978, 3. También Arnedo Alvarez, G., *Hacia la paz y la convivencia democrática*, op. cit., 24.

<sup>39</sup> Concretamente, en 1977, la Unión Soviética votó en contra de incluir a la Argentina como país a ser investigado por la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas y repitió el voto negativo en 1981, cuando la resolución fue finalmente aprobada. Ello plantea una diferencia notable con las otras dictaduras latinoamericanas y concretamente con la posición soviética frente al régimen de Pinochet en Chile.

<sup>40</sup> Ver *10 preguntas a Fernando Nadra*, op. cit., 10-14.

parable del impacto internacional que tenían las denuncias formuladas por los organismos de derechos humanos en el exterior) y, más acentuadamente, el rumbo que siguió la política económica de sesgo liberal del ministro Martínez de Hoz. Especialmente a partir de 1981/82 gran parte del espectro político se posicionó y manifestó públicamente contra la dictadura, reclamando la normalización de la vida política, la convocatoria a elecciones, la condena a las violaciones a los derechos humanos y la transición hacia un régimen democrático.

Hacia 1982 los diagnósticos y posicionamientos de los comunistas comenzaron a cambiar: con todo y la insistencia en señalar la “justeza” de la línea política planteada al menos desde 1973, los documentos partidarios modificaron la evaluación respecto del régimen:

“En marzo se cumplen 6 años del golpe de estado de 1976 [...] ¿Adónde ha marchado este Proceso y que ha reorganizado? Los **records** que ha logrado en diversos terrenos no son para enorgullecer a nadie: la inflación más alta del mundo, cierres de fábricas como jamás había ocurrido en el país, un millón y medio de desocupados [...] El desastre económico y social está vinculado a una tragedia nacional [...] Nos referimos a los miles de desaparecidos, a los presos políticos y sociales, a los torturados, a los despedidos por su actividad gremial o porque su pensamiento no se adaptó a los cánones del Proceso”<sup>41</sup>.

En este contexto, se produjo la guerra de Malvinas (abril/junio de 1982). Durante un período relativamente breve, los conflictos que habían atravesado la escena social y política a lo largo de los últimos meses se diluyeron. La guerra representó un efímero intento de legitimación del régimen militar a través de la apelación al sentimiento nacionalista y significó, sin dudas, el punto más alto del consenso conseguido por la dictadura luego del golpe de Estado. Las acciones explícitas de apoyo a

la acción militar produjeron movilizaciones de masas e incluyeron pronunciamientos de los partidos políticos, la dirigencia sindical, los medios de comunicación, la Iglesia y diversos sectores sociales y políticos.

El PCA apoyó la reivindicación nacionalista y la guerra, definiéndola como una “agresión imperialista”:

“La recuperación de las Malvinas por nuestro país constituye un hecho histórico de gran trascendencia y de profundas repercusiones en el orden nacional e internacional. En este momento de suma gravedad para nuestra Patria no nos detendremos a analizar las causas que han impulsado al gobierno a tomar dicha medida ni la oportunidad de la misma. Ahora se trata de enfrentar al imperialismo que nos arremete, con todas nuestras fuerzas y movilizar todos los recursos que dispone el país en defensa de la soberanía y, al mismo tiempo, mejorar las condiciones de vida y de trabajo del pueblo argentino, poniendo término a políticas económicas que han favorecido únicamente a los monopolios imperialistas, a la oligarquía terrateniente y a los especuladores [...]”<sup>42</sup>.

Así, se sumó a las movilizaciones y pronunciamientos resaltando el apoyo brindado por la URSS, Cuba y el bloque socialista a la reivindicación argentina. Elaboró, asimismo, una propuesta política y económica centrada en la defensa del país, la industria nacional y la adopción de medidas de emergencia, que incluyeran la participación popular y, nuevamente, un gobierno de coalición cívico-militar que produjera la apertura democrática<sup>43</sup>.

Sin embargo, nunca existieron las condiciones para viabilizar tal estrategia de convergencia, ya que la guerra terminó con una inapelable derrota de las fuerzas argentinas y, consecuentemente, con el desprestigio y retroceso del propio gobierno militar e inició el camino hacia la transición. En este contexto, el partido planteará abiertamente el “fracaso

<sup>41</sup> *Comentarios*, 3, año 5, marzo 1982, nota editorial, 3-5.

<sup>42</sup> *Comentarios*, 5, año 5, mayo 1982, nota editorial, 4. Ver asimismo “Propuesta del Partido Comunista”, abril 1982; “Todo para derrotar al imperialismo angloyanqui”, 25 de mayo de 1982.

<sup>43</sup> “Propuesta para la actual emergencia”, 1 de junio de 1982.

<sup>44</sup> Fava, A., *Lucha y programa para la transición a la democracia*. Buenos Aires, Anteo, 1982. Los comunistas señalaron con entusiasmo la elevada concurrencia al acto realizado en septiembre de 1982 en el estadio Luna Park de Buenos Aires, que sumó unas 15.000 personas. En ciudades más pequeñas, como Rosario y Córdoba, se realizaron otros actos menos numerosos pero que contaron con algunos miles de asistentes.

del Proceso de Reorganización Nacional” y delineaban como tareas fundamentales “superar el régimen de facto y fortalecer el rumbo hacia la auténtica democracia” y transformar al partido “en un partido de masas”<sup>44</sup>. El objetivo fue entonces la obtención de la personería electoral para poder presentarse en todos los distritos del país, cuestión que lograrían hacia 1983, realizando campañas de afiliación al partido y abocándose a la actividad proselitista<sup>45</sup>.

Para 1983 las declaraciones del PCA respecto del gobierno militar adquirieron otras connotaciones: dejaron de hablar de “gobierno de facto”, “régimen militar” o “Proceso” (haciendo referencia al modo en que la dictadura de 1976 se autodenominó: “Proceso de Reorganización Nacional”) para comenzar a definirlo como una “dictadura”, condenarlo duramente e insistir en un planteo muy difundido por aquellos años: que las luchas populares habían sido determinantes en la derrota del régimen militar, ocultando que el proceso de transición a la democracia representó un acuerdo entre las cúpulas partidarias y unas Fuerzas Armadas en retroceso y notablemente desprestigiadas.

En ese contexto volverán con la estrategia conformar un “frente democrático nacional y antiimperialista” con el peronismo<sup>46</sup> y definirán una plataforma programática centrada en reivindicaciones “mínimas” democráticas y populares<sup>47</sup>. Ante el fracaso de estas apelaciones y de cara a las elecciones de octubre de 1983, decidirán en su XV congreso el apoyo a las candidaturas del peronismo. El argumento utilizado fue que “en la opción electoral, las derechas van rodeando la fórmula presidencial de la Unión Cívica Radical, con el fin de romper o desarticular la base obrera y popular del peronismo. Ante esta situación, el Partido Comunista decidió hacer triunfar la fórmula peronista con el voto de la izquierda...”<sup>48</sup>. El PCA solicitó la inclusión de la fórmula peronista conformada por Italo Luder y Deolindo Bittel en sus boletas electorales, pedido que fue rechazado por la Justicia Electoral. Por ello

indicó a sus afiliados y simpatizantes el corte de boleta: la fórmula presidencial para el peronismo y los candidatos del partido para diputados y concejales.

En la historia del partido pesaba la oposición que había presentado al peronismo en sus primeros tramos, caracterizándolo de nazi-fascista, aliándose con las fuerzas conservadoras y nutriendo durante un largo período el heterogéneo arco del antiperonismo. Si bien la línea del partido hacia el movimiento había sido zigzagueante en los años siguientes y aunque habían definido apoyar al gobierno peronista electo en 1973, lo cierto es que el peronismo no era el mismo que en 1945-1955 ni siquiera que el de 1973. Si bien los trabajadores seguían apoyándolo y era un partido con profundas heterogeneidades y divisiones internas, en 1983 la izquierda había sido reducida a una mínima expresión y estaba encabezado por un sector moderado y “verticalista” que reivindicaba la jefatura política de la ex presidenta Isabel Perón, así como se encontraba asociado a las prácticas más cuestionadas de la burocracia sindical. Este era el peronismo al que los comunistas llamaron a apoyar con el confuso argumento de la “independencia de clase” —y que, por otro lado, prácticamente ignoró las apelaciones y el apoyo brindado por el PCA—, y este fue el peronismo que perdió las elecciones en octubre de 1983 contra el candidato del radicalismo. Una vez más, la estrategia del partido no podía ser más desafortunada.

Sin embargo, el PCA siguió caracterizando como correcta esta línea durante algún tiempo<sup>49</sup>, mientras que definía al gobierno del radical Raúl Alfonsín como un gobierno “democrático” y “reformista burgués”<sup>50</sup>, que iba derechizándose progresivamente. En este contexto planteó la necesidad de formar un Frente de Liberación Nacional y Social con el peronismo y otras fuerzas populares y de izquierda, con el objetivo de profundizar la democracia y evitar los golpes de Estado, apuntando a la

<sup>45</sup> “La campaña electoral. Un desafío para los comunistas”, en Revista *Nueva Era*, n° 3, agosto 1983, 4-6.

<sup>46</sup> *Nueva Era*, 4, julio 1983, 3.

<sup>47</sup> *Plataforma Nacional del Partido Comunista. Elecciones nacionales del 30 de octubre de 1983*. Buenos Aires, Anteo, mayo 1983. También Declaración del Comité Central del PCA, “Sólo unidos lograremos la liberación y el progreso”, 1 de abril de 1983.

<sup>48</sup> Informe de Athos Fava al XV Congreso del PCA, *Así votamos los comunistas*, op. cit., 24 y 32.

<sup>49</sup> “Después de la dictadura. Consolidar y estabilizar la democracia”, 29 de diciembre de 1983.

<sup>50</sup> *Nueva Era*, 10, enero de 1984, nota editorial, 3-4.

misma estrategia que sostenían desde hacía décadas: “la revolución democrática, agraria y antiimperialista con vistas al socialismo”<sup>51</sup>.

Hacia mediados de la década del 80 se produjo un quiebre en la historia del PCA: por un lado el acercamiento con sectores de la izquierda, en particular del trotskismo, que culminaron en la constitución de una alianza electoral en 1985, el Frente del Pueblo. Por otro lado, la realización del XVI congreso en 1986, caracterizado como el momento de “viraje” del partido.

En este contexto se pusieron abiertamente en discusión un conjunto de cuestiones, basadas en la necesidad de adecuar al partido y su programa a las nuevas condiciones nacionales e internacionales, que incluyeron una autocrítica respecto de los posicionamientos del PCA durante la dictadura, así como la política de alianzas en las elecciones de 1983, una evaluación diferenciada de la coyuntura previa al golpe de Estado, el carácter y los caminos para la revolución, la estructura partidaria, etc.<sup>52</sup> Si el partido no había sufrido en los años anteriores escisiones importantes, a partir de la segunda mitad de la década del 80 se produjeron una serie de desgajamientos que mermaron significativamente su influencia –bastante antes de la crisis del mundo socialista y la caída de la URSS– a la par que daban cuenta de la profundidad de la crisis de la organización<sup>53</sup>.

## A MODO DE CIERRE

Las perspectivas sostenidas por los comunistas durante gran parte de la dictadura militar resultan en muchas ocasiones impactantes. El contraste brutal entre lo que sucedía en el contexto del régimen más sangriento y represivo de toda la historia argentina y lo que los comunistas planteaban no puede ser entendido, desde un punto de vista general, por fuera del amplio marco de consenso políti-

co y social que generó el golpe de Estado de 1976. Sin embargo, el PCA se definía como el partido de la clase obrera y la vanguardia del marxismo-leninismo en la Argentina, lo que hace necesario incluir otros elementos en el análisis de las líneas, diagnósticos y expectativas que plantearon frente al régimen militar y sus políticas.

Por un lado, la caracterización de la dictadura como un régimen radicalmente diferente al pinochetismo, del que su homólogo argentino se diferenciaba sólo en matices, o la insistencia en asociar una dictadura “abierta” (o fascista) con la persecución al Partido Comunista o el antisovietismo, mostraba uno de los principales problemas del partido –y, en general, de la izquierda argentina–: la incompreensión sobre el nuevo carácter del régimen militar que por muchas razones no podría ser calificado como un régimen fascista.

Ello también se vincula con las evaluaciones del PCA respecto del proceso de radicalización política previo al golpe, donde se desarrollaron con fuerza las organizaciones político-militares, a las que había definido como “ultraizquierda” o terrorismo de izquierda. Si la dictadura reprimía a estas expresiones, que en la perspectiva comunista no eran la genuina expresión del marxismo-leninismo, mientras que no hacía al menos formalmente lo mismo con el partido que sí lo representaba, no era una dictadura fascista. Y, consecuentemente, no debía ser combatida como el régimen chileno sino que el partido debía condenar las tendencias que la acercaban a éste y apuntalar y señalar como positivos los aspectos “democráticos”.

La moderación y la cautela exagerada frente al régimen han sido explicados de diversos modos: por la pervivencia durante décadas de una dirección moderada (cuyos principales cuadros mueren en los años 70 y 80) y de una histórica línea de traiciones e inconsecuencias que tuvo su “broche de oro” en el contexto de la dictadura; por el carácter

<sup>51</sup> Fava, A., “El proyecto de los comunistas”. *Nueva Era*, 19, octubre de 1984, 21-24.

<sup>52</sup> Nadra, F., “Construyendo la vanguardia de la revolución. Hacia el 16 Congreso. *Nueva Era*, año 4, 1 (34), enero 1986, 9. Ver asimismo *Dossier XVI Congreso*, noviembre de 1986, material localizado en el CeDinCI, Buenos Aires.

<sup>53</sup> Ver Campione, D., “El Partido Comunista en la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria”, op. cit., 202 y ss. Por su parte, los relatos brindados por los militantes del período nos hablan de críticas a la línea del partido, de elucubraciones respecto de por qué Radio Moscú no cuestionaba al régimen militar argentino y sí al pinochetismo, de la aparición de evaluaciones diferenciadas frente a acontecimientos internacionales como la situación polaca (con el surgimiento de Solidaridad y luego el golpe de Jaruzelski), la evolución del sandinismo en Nicaragua que volvía a poner sobre el tapete el problema de la lucha armada para tomar el poder e incluso de lo que estaba sucediendo en Chile con la línea del PCCh y su enfrentamiento abierto al régimen de Pinochet. Entrevistas realizadas por la autora.

claramente prosoviético que el partido ostentó a lo largo de su historia y que, en este contexto, adquirió un sesgo político clave, en tanto la dictadura no sólo no había roto relaciones con la URSS sino que estas se habían fortalecido y profundizado. Pero también por la preocupación por preservar la organización: el partido tenía –como han sostenido Cernadas y Tarcus– un perfil fuertemente legalista, la dirección y sus principales cuadros no habían tenido que exiliarse sino que permanecieron en el país y actuando abiertamente, mientras la organización siguió siendo legal. Es posible especular con la idea de que una línea de enfrentamiento frontal con la dictadura –de la que no hay ningún indicio o esbozo en los documentos partidarios y otras fuentes– hubiera afectado gravemente la estructura organizativa, tal cual les había sucedido a los comunistas chilenos.

El PCA sólo cambiará de perspectiva cuando la deslegitimación del régimen sea abrumadora, cuando la evidencia de los crímenes perpetrados y las condenas que recibe en el ámbito nacional e

internacional sean tan amplias que tornan absolutamente inviables aquellas distinciones entre “moderados” y “pinochetistas” que habían caracterizado la línea del partido. Videla y los generales “democráticos” eran simplemente los representantes de un régimen asesino, del que no se salvaron ni siquiera los comunistas. Con todo, recién hacia 1983 y cuando el régimen se resquebrajaba por completo, los comunistas avanzarán en una condena abierta y sin cortapisas a la dictadura.

James Petras ha sostenido que “El Partido Comunista perdió para siempre cualquier credibilidad tras su apoyo a Videla en 1976”<sup>54</sup>. Y si la crisis y declinación irremediable del partido puede ser explicada por el impacto que produjo en el PCA –lo mismo que en el resto de los PC del mundo la crisis y caída del mundo comunista–, sería muy simplificador no considerar el impacto que las líneas y estrategias desplegadas en el período de la dictadura generaron en la organización y sus militantes.

---

<sup>54</sup> Petras, James, “Argentina: el significado del golpe de Estado de 1976”, disponible en Internet desde: <<http://www.nodo50.org/casapueblos/html/petras.htm>>.